

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
En Madrid.....		
En provincias.....		
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Galería histórica, Laura, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—
Los celos de la Sultana, poesía, por D. Julian Castellanos.—
La prometida del rey de Granada, cuento, por D. Felipe Perez.—
El Agua, poesía, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—
Por ser romántica, novela, por doña Rogelia Leon.—
Revista de teatros, por D. Leandro A. Herrero.—
Explicacion del figurin.—
Explicacion de la hoja de bordados.—
Variedades.

GALERÍA HISTÓRICA.

X.

LAURA.

Por los años de mil trescientos y tantos, en esa época de arte en que la vida moral se derramaba sobre el cuerpo social de la Italia como una lluvia de flores; cuando el genio del Dante se alzaba gigantesco, marcando la línea divisoria de la Edad antigua á la Edad media, en la humilde Arezzo, y como engen-

drado por aquella atmósfera de grandeza, brotó un rayo de brillantes resplandores que habia de cruzar sobre su patria, dejando un surco de luz imperecedero y deslumbrante.

Este hombre, orgullo de la universidad de Bolo-
nia, genio sublime, entusiasta poeta, amigo de reyes
y cardenales, asombro del pueblo, admiracion del
mundo, se nombra Francisco de Arezzo, por propios
y estraños apellidado el *Petrarca*.

¿No habeis oido nunca recordar á un poeta que
en un dia de pascua de 1341, precedido de jóvenes
distinguidos, rodeado de dignidades, vitoreado por
un gentío inmenso, subió las gradas del Capitolio á
recibir de manos de un ilustre senador el ansiado
laurel de oro, como aquellos antiguos héroes roma-
nos, brillantes meteoros que lucen en la historia de
la Ciudad eterna? Es *Petrarca*.

¡*Petrarca*! Genio trasparente y diáfano, cuyo
prisma refleja con dulzura las églogas de Virgilio y
de Boccaccio con todo el fuego de una ardiente ima-
ginacion, suavizada por el espíritu purísimo del
cristianismo.

Sin embargo, *Petrarca*, como el Dante, bebía la

inspiracion en la copa de la esperanza; y como esas flores que solo abren sus corolas á los rayos de la luna, el poeta existia por el amor y para el amor.

Este soneto, hoja perfumada de la corona de aquel genio, nos pondrá más en claro lo que venimos diciendo.

LA NOCHE.

Hora que callan cielo, tierra y viento,
Y duermen sosegados ave y fiera,
El negro carro lleva por la esfera
La noche, y yace el mar sin movimiento:
Yo solo peno y ardo, y ni un momento
Mitiga mi dolor, ni tregua espera.
Mas ¡ay! que él es de mi existencia entera
Á un tiempo la delicia y el tormento.
En un raudal cuajado de amargura
Mi ardiente sed alivio y refrigerio;
Una es la mano que me hiere y cura,
Y así en el breve término de un día,
Mil veces, crudo amor, renazco y muero,
Y siempre incierta está la vida mia.

Estos versos son el alma del Petrarca, pura como sus concepciones, temblorosa como la luz agitada por encontrados vientos.

La inspiracion, la vida de aquel génio, es una mujer; fantástica figura que se cruza en el camino del gran cantor del *África*.

Laura de Noves, *el iris en el aire*, como dice Voltaire, ese gran caricaturista de la idealidad, es el móvil de todas las acciones de Francisco Arezzo, es, como si dijésemos, su estrella, el alma que le anima; aun más, casi nos atreveríamos á decir que es su destino, su porvenir de esperanzas, su presente de lágrimas.

Laura, hija de Audiberto de Noves, de antiguo linaje provenzal, quedó huérfana á los doce años con un dote de 6.000 libras tornesas, ó sean 45.200 pesos fuertes; este dote, unido á una hermosura angelical y á una virtud reconocida, atrajo la atencion de la noble juventud de su país, y Laura, rodeada de pretendientes, al cumplir los diez y siete años dió su mano de desposada al ilustre Hugo de Sade, de la primera nobleza de Aviñon.

La familia del Petrarca, proscrita de Toscana á causa de las guerras civiles entre Güelfos y Gibelinos, habia buscado un refugio en Aviñon, residencia entonces del Pontífice, y por lo tanto emporio de grandeza.

Parecia que la adversa fortuna reunia á aquellos dos seres, sobre los cuales habian de caer tantas desdichas.

Era un día de Abril de 1327, cuando el Petrarca, que á la sazón contaba veintitres años, vió por primera vez, y bajo las bóvedas de la iglesia de Santa Clara, á la jóven Laura, á aquella mujer que habia de ser inocente causa de sus desventuras. La vió, y sintió por ella el amor inmenso que llenó su existencia, la devoradora pasion que alimentaba su vida, desconocida red de felicidad y de tormento, de glorias y desengaños.

Laura, víctima de las veleidades de un esposo inconstante y caprichoso, al verse blanco de las galanterías de aquel poeta laureado, sintió nacer en su corazon una llama voraz, y amó en secreto á su jóven admirador; sin embargo, esclava de su deber, ahogando en el silencio ó en la aparente indiferencia su cariño, huyó del Petrarca, que ciego pasaba la existencia, celebrando en dulcísimos versos á su amada, y combatiendo aquella pasion que le devoraba.

Aquella lucha de dos almas que se buscaban y repelian á la vez por dos sentimientos contrarios fué tan terrible, que terminó con un canto de muerte.

Mientras el Petrarca vagaba tras su ilusion querida, evaporaba su espíritu en delicados cantos. Laura, envuelta en el velo del pudor, esclava de su reputacion, pero enamorada ciegamente, consolábase llorando en el silencio su desventura; si alzaba sus ojos al firmamento, una estrella que lucia le recordaba los brillantes cantos de su amante, y cuando buscaba un refugio contra sus propios pensamientos en Valclusa, allí, al borde de la cristalina fuente, por sus amores inmortalizada, nuevas memorias le trituraban el alma; el murmurar del agua, el canto de los ruiseñores, eran ecos perdidos de aquella voz querida, y hasta el florido pabellon de laureles que cobijaban al húmedo peñasco, le recordaba la gloriosa corona que ceñia las sienes de su amante.

Cercada de mujeres, y en medio del bullicio de un festin, Laura, sin perlas, sin guirnaldas, demacrada y convulsa, vió ante sí al ilustre vate que, conmovido y trémulo, llegaba á despedirse de ella; terrible sensacion estremeció aquellos dos corazones tan puros y tan apasionados; ni una palabra brotó de sus labios, una lágrima rodó por las mejillas del

Petrarca, y un melancólico suspiro respondió á aquella gota de sentimiento; parecia que una voz secreta les anunciaba su despedida eterna.

Petrarca marchó á Venecia enviado de los Carraras; un año despues el luto envolvió su corazon para siempre. Una peste espantosa, salida de los pantanos de la China, despues de haber devastado el Asia y las costas de África, penetró en la Sicilia, y, derramándose por Europa, manifestóse en Aviñon con tan terrible fuerza que durante siete meses hizo 120.000 víctimas.

Laura se sintió herida de muerte; cercada de los suyos, tranquila y serena, aquella mártir entregó su alma pura al Creador, despues de una existencia azarosa y desdichada, y á la edad de cuarenta años no cumplidos.

Sueños terribles, pesadillas espantosas anunciaron al Petrarca esta desgracia. Por eso cuando recibió la fatal noticia, frio y pálido como un espectro: «¡Lo sabia! murmuró con una sonrisa que era todo un poema de dolor y de amargura.»

Desde la muerte de Laura, Petrarca no fué más que un recuerdo. Entregado á la meditacion y al estudio, soñando siempre, algunos años despues fué hallado muerto en su biblioteca, reclinada la cabeza sobre un tomo de Virgilio, donde habia escrito aquel verso terrible y conmovedor: *¡Cuán bello fuera—á la tumba bajar hace tres años!*

Laura, casta musa del vate italiano, se distinguia, al par que por su belleza, por la sencillez de su vida y por su talento natural y elocuente. Habia sido un rayo de luz, una gota de purísima esencia caida sobre la cabeza del privilegiado poeta, y desvanecida al soplo de la desventura.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

LOS CELOS DE LA SULTANA.

EPISODIO HISTÓRICO.

I.

¿Por qué Zulima la bella,
La de los ojos de fuego,
La de los labios de rosa
Y la de mórbido cuello,
La de los rizos oscuros
Como las plumas del cuervo,
Y la del talle flexible
Cual la palma del Desierto,

La esposa del noble Hissen
Alegría de los cielos,
Está triste y apenada
Suspiros mandando al viento?
¿Qué falta á la bella mora?
Tiene esclavos, trajes llenos
De ricas perlas de Ormuz,
Alcázares, parques frescos,
En donde las gayas flores
Muestran sus colores bellos,
Y donde las claras linfas
De plácidos arroyuelos
Cantos de amores murmuran
Entre las guijas corriendo;
Do escondidos en las ramas
De los verdes limoneros
Exhalan los ruisseños
Sus querellas y sus celos.
¿Qué tiene? ¿Por qué suspira?
¿Por qué sus negros luceros
En relámpagos de cólera
Se ven de continuo ardiendo?
Por qué ha de ser, porque mira
Indiferente á su dueño,
Y sospecha que la esclava
Zoveida es el nuevo objeto
A quien su Hissen rinde culto
Y por quien la da desprecios.
Zoveida, la de los ojos
Azules como los cielos,
Tranquilos como las olas
Del mar cuando está sereno;
La de los bucles dorados
Y la del rostro hechicero,
Más blanco que las espumas
Del cristalino arroyuelo;
La de la voz argentina
Que embelesa con sus ecos
Dulces, como entre las hojas
El blando gemir del céfiro.
Es ella, es ella la causa
De los matadores celos
Que su corazon abrasan
Dándola agudo tormento.
Pero no gozará mucho
Ese triunfo, pues ardiendo
En proyectos de venganza
Está de Zulima el pecho,
Y su ardorosa cabeza

Se afana en buscar un medio
De vengar cumplidamente
De su esposo los desprecios.
Y ¡ay de la pobre Zoveida!
La de los ojos de cielo,
Como pueda la Sultana
Satisfacer sus deseos.
Que ha de ver sus alegrías
Desvanecerse, cual sueños
Que huyen al lucir el alba
Dejando solo recuerdos.

II.

Ya tras las verdes colinas
El sol su frente ocultaba,
Dejando en el ancho cielo
Huellas de púrpura y nácar,
Cuando la esclava Zoveida
Y la celosa Sultana
Halláronse frente á frente
Del palacio en una cámara.
Rayos despiden los ojos
De la esposa despreciada,
Y amor á torrentes vierten
Las pupilas de la esclava.
«¿Tú eres, dime, la pregunta,
Con mal reprimida saña,
La traidora que me robas
De mi esposo las miradas?
¿La que la luz de mis ojos,
La alegría de mi alma,
Mis ensueños de ventura
Y mis dichas me arrebatas?
¿Tú eres la que entre los brazos
De mi Hissen el tiempo pasas
En amores adormida
Mientras yo sola, y sin calma,
Miro resbalar los días
Entre pesares y lágrimas?
Pues bien; puesto que me robas
Mi sol, mi vida, mi alma,
Yo en tu sangre maldecida
Ahora tomaré venganza.»
Y sin dejar que Zoveida
A sus cargos contestara,
Con un puñal agudísimo
Que de su ceñidor saca,
Sobre su rival se arroja,
Que da un grito, y se desmaya;

Y hunde el acero hasta el pomo
De Zoveida en la garganta.

III.

En aquella misma noche,
En un salón del alcázar,
Dió un suntuoso banquete
La vengativa Sultana.
Cuanto manjares pudieran
Pedirse, allí se encontraban;
Y licores los más gratos,
Y frutas las más extrañas.
Y en el centro de la mesa,
Con gran cuidado tapada,
Se ve una preciosa fuente
De fina y bruñida plata.
Ya iba el banquete finando,
Cuando la altiva Sultana
Dijo á su esposo: «descubre
Lo que esa fuente te guarda,
Que es un premio que te ofrezco
En pago de tu constancia.»
Hissen obedece al punto,
Pero al levantar la tapa,
Un grito agudo de espanto
Los convidados exhalan,
Pues en la fuente se mira,
En sangre toda bañada,
Horrorosa y contraída
La cabeza de la esclava.

EPÍLOGO.

Fué tan extraña y terrible
Para Hissen aquella escena,
Que cayó al suelo sin vida
Como si un rayo le hiriera,
Y la celosa Sultana
Cuando muerto le contempla,
Siente que la sangre toda
Se la agolpa á la cabeza.
Y de sus pálidos labios
Brotó cadenciosa y seca,
Y en el espacio se pierde
Una carcajada histérica,
En cuyos ecos terribles
Sale su razón envuelta.

JULIAN CASTELLANOS.

LA PROMETIDA DEL REY DE GRANADA

6

LOS AMANTES DESGRACIADOS.

Cuento.

Guillermo II, rey de Sicilia, tuvo dos hijos: un niño llamado Roberto y una niña que era Constanza. Roberto murió antes que su padre, dejando un hijo cuyo nombre era Gerbin, y á quien su abuelo hizo educar con mucho esmero. Este muchacho llegó á ser un príncipe ilustre; así es que en toda la Sicilia no se hablaba mas que de las prendas de su persona y de las felices disposiciones de su talento. La reputacion de su mérito creció á medida de la edad y se extendió por las naciones extranjeras, haciendo mucho ruido, especialmente en la Barbaria, tributaria entonces del rey de Sicilia. La hija del rey de Túnez, que oía alabar tanto á este príncipe y tenia cierta pasion por los grandes hombres, concibió simpatias por él, de suerte que á todos los viajeros que venian de Sicilia les preguntaba por dicho señor. Esta princesa, á su vez tambien gozaba de una gran reputacion. Tenia talento, gracia, hermosura, amabilidad, cortesía, en fin, todo lo que hace admirar la grandeza de Dios. La nobleza de sus sentimientos correspondia dignamente á los encantos de su figura. Estimaba á los hombres virtuosos, y como oía decir tantas proezas del valor y demas cualidades de Gerbin, á quien tenia por un gallardo príncipe, bien pronto la estimacion que le profesaba se convirtió en amor. Su entretenimiento más agradable era buscar las ocasiones en que se hablara de él, y aun ella misma nombrarle con un tono y espresion que revelaban claramente el sentimiento de su corazon.

Si el mérito del príncipe de Sicilia hacia eco en la corte del rey de Túnez, la rara belleza y virtudes de la princesa sarracena no hacian menos en la del rey Guillermo. Gerbin, á fuerza de oír alabarla, se la figuró de una belleza tal, que tambien se enamoró. Deseaba con ansiedad verla, y esperando que por algun digno pretesto se presentara ocasion de obtener permiso de su abuelo para ir á Túnez, envió antes allá un cortesano de su confianza. «Permaneced allí, le dijo, hasta encontrar un momento favorable para ofrecer mis respetos á la princesa, por su extraordinario mérito, y al mismo tiempo pintar los sentimientos de aprecio, respeto y amor que me ha inspirado, observando el efecto que esta de-

claracion produzca en su ánimo, para volver en seguida á darme cuenta del resultado.»

El emisario desempeñó su comision á las mil maravillas. Llegado á Túnez se disfrazó de mercader y logró ver á la hija del rey, bajo pretesto de enseñarle algunas alhajas. Mientras que la jóven las examinaba, encontró aquel medio de declararle el amor que habia inspirado al célebre Gerbin, y ofreciéndole los servicios y mano de este príncipe, en el caso que quisiera corresponderle. La sarracena, halagada por esta declaracion, respondió al embajador que su corazon se habia adelantado ya á las intenciones de Gerbin; que le amaba tiernamente desde que oyó hablar de su mérito; y que se creeria dichosa en poder acceder á sus deseos. Despues de esto se quitó del dedo el más precioso de sus anillos, y lo entregó al emisario, con orden de dárselo al príncipe como prueba de la sinceridad de su estimacion y ternura.

Gerbin recibió la sortija con la mayor alegría que es posible imaginar. Escribió á la jóven para pintarle el exceso de su satisfaccion, enviándola con el mismo confidente magníficos regalos. Esta mútua correspondencia duró algun tiempo sin saberlo los dos reyes. Nada era más tierno y apasionado que las cartas de estos amantes. No faltaba á su felicidad mas que verse y no separarse jamás, pues parecian destinados el uno para el otro. Pero mientras se ocupaban de los medios de su enlace, sucedió que el rey de Túnez prometió su hija al rey de Granada. Poco faltó á la princesa para morir de pesadumbre al saber esta futura alianza, pues estaba inconsolable al ver próxima la pérdida de un amante, que era el único que podia hacerla feliz. De buena gana se hubiera unido á él, desentendiéndose de la autoridad paterna; mas no quiso aventurarse, desconfiando del buen resultado.

La noticia de dicho matrimonio fué para Gerbin como un rayo. Veía frustradas sus más dulces esperanzas; sin embargo, como el amor que le inflamaba estaba fundado en el aprecio, parecia menos impresionado por su propia desgracia que por la de su amante. Lo que más le desesperaba era no ver remedio á su infortunio, y, á pesar de esto, no podia decirse á renunciar á la princesa, pues la sola idea de verla en brazos de otro le estremecía. Persuadido de que no sería feliz sino con ella, formó por fin la resolucion de robarla del buque que la condujera á su esposo. Este proyecto era sin duda extravagante: pero las pasiones fuertes, que nunca se paran á

reflexionar, solo buscan su satisfaccion á cualquier precio que sea.

El rey de Túnez habia llegado á traslucir el amor de Gerbin por su hija, y temiendo que este príncipe de reconocido valor cometiese alguna violencia, tomó la sábia determinacion de enviar embajadores al rey de Sicilia, para notificarle el matrimonio de aquella, y pedirle un salvo-conducto que la pusiese á cubierto de cualquiera agresion. El viejo rey Guillerme, que ignoraba completamente el amor de Gerbin, y que ni siquiera sospechaba que se pidiese una seguridad por miedo al jóven príncipe, concedió gustoso el salvo-conducto, y en prueba de su buena fé envió uno de sus magnates al rey de Túnez, que, asegurado por esta prueba de amistad, no pensó mas que en los preparativos para la expedicion de su hija. Hizo equipar en el puerto de Cartago un hermoso buque con todo lo necesario, llevando ademas municiones de guerra por lo que pudiera ocurrir.

Gerbin no deseaba mas que robar á su amada, y tal fué desde un principio el proyecto; pero el salvo-conducto que su abuelo habia dado, se oponia á ello. No sabia qué resolucion tomar. El amor, saltando al fin por todas las consideraciones, le determinó á seguir su primera idea, temiendo por otra parte parecer débil á los ojos de la persona que más amaba en el mundo. Marcha á Messina, arma en seguida dos galeras, y se embarca en compañía de un peloton de soldados de reconocido valor. Toma su rumbo hácia la Cerdeña, persuadido de que la embarcacion de la princesa pasaria por aquel sitio; y, en efecto, apenas llegó á las orillas de esta isla, ya la vió venir empujada por un vientecillo que la dirigia precisamente al sitio donde se habia puesto para esperarla. «Amigos míos, dijo entonces á sus compañeros, como os creo sensibles y estoy seguro que no hay ninguno de vosotros que no haya experimentado ó experimente en la actualidad los impulsos del amor, pasion enérgica que ha hecho emprender y ejecutar las más grandes cosas, es decir, si habeis estado enamorados, ó lo estais todavía, no os será difícil comprender lo que deseo y espero de vosotros. Mi corazon, en el momento en que os hablo, está inflamado por el amor más tierno y violento; os confieso que esta ardiente pasion es la única que me ha movido á traerlos aquí, para favorecer á la virtud y la hermosura personificadas. Vereis, amigos míos, á la bella princesa que idolatro, pues está embarcada en el bajel que teneis á vuestra

vista: Viene cargado de riquezas que podemos adquirir á poca costa, atacándole; os las partireis, las cedo completamente; no deseo para mí mas que la hija del rey de Túnez que su padre quiere inmolarse á su ambicion. Salvemos á esta augusta víctima, que no es insensible al amor que la profeso. Vamos á arrancarla de las manos de sus perseguidores, y así hareis su felicidad y la mia. Ataquemos con valor á esos bárbaros que son en poco número. ¡El cielo favorece ya nuestra empresa, pues el viento los empuja hácia aquí.»

Gerbin no necesitó haber hablado tanto, pues los de Messina, naturalmente ávidos de rapiña, no deseando saber más, le contestan con gritos de alegría. Al primer golpe de trompeta, todos se preparan al combate; los messineses se acercan al bajel de los contrarios á fuerza de remos; los berberiscos, que ignoran su proyecto, no queriendo huir, corren en seguida á las armas, y se ponen en defensa. Gerbin, viéndose ya á un tiro de flecha del buque enemigo, descolgó una chalupa hácia ellos para proponerles la rendicion, si quieren evitar un combate. Los capitanes contestaron á los enviados que les admiraba tal proposicion, porque era tan contraria á la palabra que el rey de Sicilia les habia dado, y en prueba de ello presentaron el salvo-conducto y el guante de aquel, añadiendo que no se rendirian sino por la fuerza de las armas.

Durante esta especie de negociacion la princesa pareció sobre la popa. Gerbin la encontró más hermosa de lo que se habia figurado, y lleno de loco entusiasmo se burló de la contestacion de los sarracenos, diciéndoles, por último, que si á lo menos no consentian en entregarle la futura esposa del rey de Granada, debian prepararse á combatir. Estos se decidieron á la pelea, y comenzaron á lanzar flechas y piedras. La lucha fué sangrienta, y con gran pérdida de ambos lados. El príncipe siciliano, desesperado de ver incierta la victoria, reanima el valor de sus soldados, pone fuego en una barca que traia de Cerdeña, y manda á los remeros aproximarse al enemigo. Los sarracenos, que se ven obligados á rendirse ó morir, se entregan á la desesperacion, y conduciendo por fuerza sobre cubierta á la princesa, que estaba refugiada en el fondo para ocultar sus lágrimas, la degüellan sin compasion á la vista de Gerbin, y en seguida la arrojan al mar gritando: «Tómala, ahí está, ya que la quieres; más te la damos como mereces.»—Gerbin, en presencia de tanta ferocidad,

siéndole ya igual la vida ó la muerte, y no escuchando más que á su desesperacion, manda adelantar á los remeros, entran al abordaje, y, á pesar de la resistencia de los sarracenos, se lanza como leon hambriento sobre un rebaño, que sacia antes su fiera que su necesidad, y sacudiendo sablazos á lo que se presenta, hace que la sangre brote por todas partes. Los soldados imitan su ejemplo, y concluyen por esterminarlo todo. Para recompensar su valor manda sacar las mejores cosas que hay en el buque, y en seguida le prende fuego, baja á su galera, poco satisfecho de la victoria que acababa de obtener, y hace extraer del mar el cuerpo de su amada, que baña con copiosas lágrimas. De vuelta de Sicilia, la manda enterrar con pompa y solemnidad en la isleta de Utisca, situada frente á la de Drapanni, regresando despues á Palermo lleno de tristeza y de dolor.

El rey de Túnez no tardó en informarse de todo lo que habia pasado, y envió en seguida embajadores al rey de Sicilia, vestidos de luto, para quejarse de una violación de fé tan sensible, é instruirle de las medidas que habia tomado para obtener la reparacion que tenia derecho á exigir. El rey Guillermo, irritado por la conducta de su nieto, y no pudiendo evitar la justicia que se le pedia, hizo arrestar á Gerbin y le condenó á ser decapitado, lo que tuvo cumplimiento, á pesar de las súplicas y ruegos de todos los personajes que trataban de aplacar á un rey que prefería no tener heredero, á pasar por monarca injusto y sin palabra.

Tal fué el trágico fin de los dos fieles amantes, que se unieron en la tumba antes de haber experimentado las satisfacciones de su amor y deseada union.

Traduccion de Bocaccio.

FELIPE PEREZ.

EL AGUA.

Liquida plata luciente
Brotó el agua de la roca,
Y en bulliciosa corriente,
Apenas el cauce toca
Se desliza blandamente:
Ya en prodigiosos cambiantes,
Estrellándose en las flores,
Deja sus hojas brillantes,
Cubiertas con los diamantes,

De sus ondas de colores;
Ya tranquila murmurando
Sus cristales deslizándose,
Que el sol con su luz matiza,
Mientras el céfiro blando
Muy dulcemente le riza;
Ya en el fondo del torrente
Precipitase rugiente
En bien gigantesco vuelo,
Y estiende el iris luciente
Sus colores en el cielo;
Ya de una barca velera
Por todo lo ancho del rio
Los mástiles reverbera,
Mientras la quilla altanera
Surca por su centro frio,
Ó bien bulle juguetona
Ciñendo al bájel corona
Con los vapores de bruma,
Y bordan la parda lona
Sus blancos copos de espuma.
Cuando el huracan violento
Sobre la mar se desata,
El cristalino elemento
En sus abismos retrata
La lucha del firmamento.
Y si al fin la calma brilla,
El sol las ondas colora,
Y el mar su furor humilla,
Viniendo á besar la orilla
Cual una mujer que llora.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

POR SER ROMÁNTICA.

(Continuacion.)

Así, poco más ó menos, fueron las muchas trovas que el misterioso trovador dirigió á Elena antes de atreverse á presentarse á su vista. Dos meses pasaron de ese modo, con serenatas y versos; todo nocturno, todo envuelto en las sombras, todo tan romántico como Elena deseaba.

Pero ya le pareció que aquella situacion se prolongaba mucho, y se atrevió á escribir al poeta, diciéndole que deseaba verle, y dándole una cita.

¿Era que el espiritismo empezaba á cansarse, ó que no hay situacion en la vida humana que nos haga felices?

Nuestra elegante joven había llegado á amar con delirio, con locura, y no ver al suspirado dueño de sus amores sino á vista de pájaro; ella, junto al tejado, como una lechuza, y él, desempedrando las calles como perro sin amo, era cosa que ya no se podía sufrir.

Las situaciones violentas de esa especie solo duran en las novelas, y por más que Elena amase las escepciones y las escentricidades, quiso oír de cerca la voz del cantor nocturno: latió su corazón con más fuerza que de costumbre, y su mano cogió la pluma para decir:

—¡Ven! ¡te espero! necesito verte..... ¡porque te amo!

Al fin se vieron: dos solos gritos resonaron en la estancia.—¡Elena!.... la dijo él apasionadamente.

—¡No era mi tipo!.... contestó ella, y cayó desmayada.

II.

¿POR QUÉ ERA GORDO Y NO FLACO?....

No era pequeño el lance.

La romántica joven aguardaba el misterioso amor del jardín, con su tez pálida, su negra melena ondulando al viento, sus ojos rasgados y sombríos, y su amarga sonrisa, que tanto la había interesado.

¡Oh sorpresa! ¡No era él!....

El cambio hubiera sido lo de menos, si el que se presentaba á su vista hubiese sido escuálido, enfermizo, de vejez anticipada, de modales lánguidos, de miradas tan espresivas como dolorosas, y todo ese conjunto que revela un padecimiento moral, una constitución tierna y delicada, pero, ¡horror! ¡terror! ¡furor!.... ¡el cantor nocturno, el autor de los apasionados versos que casi la habían hecho enloquecer, el que aguardaba á sus rejas en las altas horas de la noche, el que la hacía pensar en escapatorias, en fugas, en raptos, y en cuantas escenas terróricas y sorprendentes había leído..... ¡Oh!.... ¡Qué atrevimiento! ¡Qué audacia!.... ¡Tenía valor de presentarse ante ella, con una cara rolliza como la de un tudesco, un cuerpo redondo y lleno, como el de un hermoso niño lloron, y unas mejillas coloradas y frescas como la cáscara de un pero de Navidad!

El amante de Elena era todo un buen mozo, con los mejores visos de honradez, estampados en su noble semblante; pero ella, ¡ella! por poco se queda

desmayada toda la vida, por no abrir los ojos, y ver un hombre gordo en su presencia.

¡Ella! que hubiera deseado que todos fuesen espi-ritus, capaces de evaporarse con el amor, se encontraba frente á frente de un joven robusto y lozano, que tenía la insolencia de requerirla de amores.

¿Cómo había hecho aquellos versos tan bonitos, dignos de un temperamento nervioso?

¿Cómo con tanta carne sobre el corazón, podía sentir y comunicar latidos?

Eso sin duda fué lo que pensó la joven durante los minutos que duró su desmayo; pues volvió en sí como espantada de aquellos pensamientos, y abrió los ojos tamaños como tazas, para convencerse que no era una ilusión lo que veía.

¡No, señor, nada de eso! En lugar de una ilusión, era una realidad, con el peso quizás de ocho arrobas; pues el mozo era, á más de macizo y redondo, de la hermosa estatura de un sajón.

—¡No era mi tipo!.... volvió á decir la desencantada amante, apoyando la frente en ambas manos con dolor.

El poeta creyó en un principio que aquel desmayo repentino era consecuencia de una grata emoción, y se quedó estático, sin alientos para sostener la adorada cabeza de su amada.

Llamar á la gente de la casa, le hubiera sido imposible, pues aquella era una cita misteriosa, sin permiso ni consentimiento de los papás de la joven.

De otro modo, hubiera sido una entrevista familiar, una escena de comedia de costumbres; y ella amaba todo lo dramático, y aun más que lo dramático, lo sobrenatural.

Ella no quería seguir esa antigualla de costumbres, que mandan dar comunicacion y parte á los autores de nuestros días, de todo aquello que tiene la menor influencia en nuestro destino.

Entonces la hubiera sido preciso dar el nombre de *novio* al amante, al dueño de su corazón.

Hubiera hablado de compromisos y de lazos para asegurar su ventura, y ella quería ser, como las alondras, libre en su elección.

¡Había soñado tantas veces con las cabañas y amores pastoriles, en los inmensos bosques adornados por las frondosidades de la naturaleza!....

¡La había parecido tan bello el amor de un marino cruzando los mares en su ligera lancha, á la luz plateada de la luna!....

Y, sobre todo, la había enamorado tanto el acento

del poeta, de ese sér misterioso, nacido de una cascada de rosadas nubes, ó de las cintas azules y moradas que cruzan el horizonte, que le buscaba en el espacio, como el ave enamorada la compañera de su amor, que viene volando, trayendo la semilla de una flor en el amoroso pico.

¡Un poeta! ¡Oh nombre prodigioso que despierta el amor y el entusiasmo!

¡Un poeta! ¡Cantándole á las nubes, á la tempestad, á la aurora, á los campos, á las flores, á las aves! ¡Oh qué mayor delicia! ¡Qué goce más superior y venturoso!

¡Un espíritu encarnado en el hombre, que solo tomaria las formas humanas para ser admitido entre los demás hombres; pero que no sentiria como ellos, que no tendria sus flaquezas, sus vicios, sus ingratitudes, su vulgaridad, sus crímenes y sus miserias!...

¡Oh dulce creencia! ¡Un idilio venturoso! ¡Oh mente visionaria y sublime!...

¡Con qué facilidad idealizas, y qué terrible eres cuando dejas que rueden por el suelo tus ilusiones!

Una de las de Elena acababa de morir.

¡Un poeta gordo, y más que gordo risueño y obeso!...

¡Qué crueldad!

¡Qué tiranía del destino!

¡Qué horrible desengaño!

¡Qué fatalidad más espantosa!

¡Aquel hombre comería, dormiría, reposaría como un hombre cualquiera que vive de los sentidos y no del alma!... ¡Oh qué horror! ¡Qué infortunio!

¿Por qué era gordo y no flaco el dueño de sus amores?

Aterrorizada Elena, no sabia darse cuenta de lo que la sucedía; pero ello es cierto que apartaba la vista del tímido vate, á quien casi se le saltaban las lágrimas de emoción.

Era un corazón virgen, que amaba por primera vez en su vida.

Había visto á Elena en el baile la noche en que vió al elegante Gustavo: razón por la que no había reparado siquiera en él, que la siguió en el baile, en los jardines, en las galerías, y hasta en la portezuela del coche, donde se fué con sus padres.

Luego había rondado la casa todas las noches, y la había enviado flores, y la había escrito versos.

¡Los primeros versos de su joven y lozana fantasía!

¡En ellos iban las áuras de sus amores!

¡En ellos los primeros perfumes de las florestas de su corazón!

¡Las mejores galas de su espíritu habían volado hasta Elena!...

¡Él!... que hasta entonces había sido un niño mimado por su amorosa madre, que le quería con locura, había pasado á ser hombre, por medio de ese sentimiento infinito que se siente y no se explica, y que puede dar lo mismo la felicidad que la muerte.

Pero, como el amor verdadero es tímido como una gacela, y pudoroso como el rubor, Julio, que así se llamaba nuestro poeta, no se había atrevido á presentarse á su amada en dos meses que llevaba de constante delirio por ella; pero todas las noches cantaba al pie de sus balcones, y si no cantaba, la enviaba una trova al otro día para asegurarla de su amor, y de que pensaba constantemente en ella.

Antes dormía Julio muchas horas; pero, desde que amaba, se había volatilizado su sueño.

Antes tenía sus recreos en una abundante mesa: ahora le alimentaba el recuerdo de aquella adorada mujer.

Antes daba besos á su madre con la alegría infantil de los primeros años. Ahora asomábase á sus ojos una lágrima cuando imprimía sus labios en aquella adorada frente, porque al fin tendría que decirle: «¡Madre mía, he repartido mi amor entre ti y otra mujer que quiero que llames *hija*!...»

Hasta entonces su alma ingénua no había tenido secretos: ahora guardaba uno que le prensaba el corazón. ¡Ay de aquel que hubiera querido arrancárselo!...

Al nacer aquel amor, había nacido con él un sentimiento noble, caballeresco, religioso y apasionado, que no permitía profanación ni intervención humana.

Desde niño había sido Julio dotado por el cielo de un alma dulce como el agua que encierra la flor de la pasionaria en el cáliz.

Era cariñoso como blanca paloma, tierno, compasivo, angelical, amoroso.

Á más hervían en su mente ideas sublimes, y sentía en su corazón algo grande, algo superior.

El genio iluminaba su espíritu, y solo necesitaba la sonrisa de una mujer para despertarse radiante y vivo, y crecer como la gigante ola que viene impelida por el huracán. ¿Sería Elena esta mujer? Así lo había creído.

El niño arrullado hasta entonces en el seno ma-

ternal salía por primera vez al mundo, llena el alma de castas ilusiones, sin creer que se punzaría las manos, como aquel que va á cortar una rosa ignorando que para resguardar su belleza la dió el cielo una vestidura de zarzas.

Triste fué su entrevista con Elena.

¡Aguardaba tanta felicidad de aquel amor!

¡Había desvariado tanto en aquella cita!

Pero en vez de pasión, encontró indiferencia.

En vez de un alma de fuego, un acento glacial que exclamaba: «¡No era él! ¡No era mi tipo!»

¿Qué querían decir aquellas palabras?

¿En qué la había ofendido para tamaño rigor?

Si no le quería, ¿por qué había recibido sus versos, sus cartas y sus músicas?

Un agudo dolor le punzaba el pecho.

Sus miradas estaban fijas en Elena como interrogándole.

Esta nada respondía. Así permanecieron mucho rato. El joven, matizadas sus mejillas de un rosado y amarillo color á la vez, cogió su sombrero, y echando una postrera mirada á aquella mujer que le daba hiel en vez de felicidad, salió de la estancia.

Elena no le detuvo; pero así que hubo salido empezó á llorar, con el desconsuelo del que mirando la luz del sol se queda ciego de repente.

Ella había creído ver el hombre que anhelaba su fantasía, y no solo no era el que había tenido delante, sino que moría su esperanza, sabiendo que aquel y solo aquel era el autor de los versos y serenatas.

Arrebatarle su primer amor á una muchacha sensible, es despedazarle el corazón, es hacer trizas sus ilusiones, es arrancarle la dorada copa que iba á llevar á los labios, y ofrecerle en vez de agua cristalina, esencia de jaramago, ó de cicuta y acíbar.

Elena empezó á palidecer desde aquel día.

Perdió el brillo y el esplendor de su frente.

Se hizo descontentadiza y severa.

En vez de sonreír, movía la cabeza con desagrado.

Formaban gran contraste sus facciones de niña con la severidad de su semblante.

Y tenía razón para ello, y sentía, porque debía sentir.

Ya la acosaban dos sufrimientos á la vez. Su amor por el tipo soñado, y las continuas quejas del pobre Julio, que no pudiendo vivir sin ser amado de Elena, la dirigía cartas de continuo, y versos que desgarraban el corazón.

¡Pobre poeta! La última vez que se dirigió á aquella ingrata mujer, la decía así:

Cuando llegue la noche dura y fría
Con su triste y opaca oscuridad,
Y los luceros á lo lejos mires
Sobre las costas del rizado mar.....

Una vela flotando cual paloma
Será de mi partida la señal,
Y una madre, que triste y sin consuelo
Llorando en sus orillas quedará.

¡Voy á partir! Elena, ¡tú lo quieres!....
Si oyes las balas sobre mi silbar,
Será el remordimiento que te dice
Que prefiero la muerte á tu crueldad.

Voy á luchar con el altivo moro,
Que al herirme sin duda no sabrá,
Hay seres que dejándoles la vida,
Una muerte más dura se les da.

Aun es tiempo; mi Elena, si me amas,
Tendrá mi madre un hijo, y tú tendrás
Un esclavo que adore tus caprichos,
Y si mandas que muera, morirá.

Al mediar hoy el sol en su carrera
Partiré para siempre del hogar,
Donde niño recé mis oraciones,
Donde tuve en el alma dulce paz.

Y en vez de mis sencillas cantinelas
Escucharé la ruda tempestad;
Y el que solo dulzura respiraba,
Las balas enemigas buscará.

.....
Responde última vez á mis cantares;
Sonríe con tu boca angelical,
Y mándame la vida en un suspiro
Aunque despues me mates sin piedad.

.....
Elena no lanzó el suspiro que la pedía su amante, y este partió con el alma desgarrada.

Ella no derramó una lágrima siquiera de ternura: porque todo su ser estaba embargado con la idea de aquel sér adorado que había buscado desde niña, y que miraba siempre cual una sombra que se espera ver convertirse en realidad.

Hubiera sido Julio más pálido, más delgado, más elegante, y la habría hecho feliz.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

La dote de Patricia, fábula en un acto, original del Sr. Gutierrez Alba. — Estrenos en los coliseos del Príncipe y de Variedades. — **El telégrafo eléctrico**, comedia en tres actos, arreglada del francés por el señor Santa María.

El teatro de Jovellanos acaba de ofrecernos la representación de una caricatura lirica, anunciada á son de bombo y platillo como es de rigor, y en la que su autor, el Sr. Gutierrez de Alba, que lo es tambien de la *Revista* de 1864 y 1865, se ha propuesto rendir culto á la idea que inició en su primer ensayo, y que, con más fortuna que merecimientos, le proporcionó buena cosecha de aplausos y de pesos duros.

Alentado el Sr. Alba por el primer pinito, se resolvió á hacer el segundo, y héte aquí que, como por arte de magia ó encantamiento, arrojó de las barbas de su pluma un nuevo engendro destinado *ab initio* para figurar al lado del primero en clase de hermano, pariente, servidor, ó cosa parecida, lo cual no tendria nada de extraño si no fuera porque esta vez le ha salido al Sr. Alba la criada respondona.

¿Qué se ha propuesto este autor al darnos la segunda edición de su hija natural la *Revista* de 1864 y 1865, en la piececilla insustancial y frívola que se representa en el coliseo de Jovellanos bajo el título de *La dote de Patricia*? El que escribe estas líneas lo adivina; pero á nadie interesa, y no lo quiere decir. Al parecer, resulta que el Sr. Alba se consagra con gozo al culto de un género que pudiéramos llamar *político*, porque todo en él se reduce á formular alusiones picantes; pero si está contento y satisfecho de su ingenio, si piensa que se consagra á un género meritorio, si se forja la ilusion de que por ese camino se llega al pináculo de la gloria, se equivoca grandemente, y cuantas pretensiones se puedan abrigar en este sentido no serán mas que el producto de una hinchazon visible.

En *La dote de Patricia* hemos visto una parodia, un facsimile de la *Revista* de 1864 y 1865, ambas á dos hijas de un mismo padre literario, lo cual no puede justificar la razon de su existencia, porque estas repeticiones se hacen monótonas é insoportables.

Nosotros aplaudimos la *Revista* de 1864 y 1865, no porque la concediéramos mérito ni importancia lite-

raria, sino porque apreciábamos la novedad, ó, mejor dicho, la escentricidad que representaba: desde el momento en que hemos visto que el autor aspira á convertir en género lo que sólo es una estravagancia, y una estravagancia de pésimo gusto y ruin sentido, le salimos al encuentro, dispuestos á romper con él una lanza en el buen palenque de la crítica.

La dote de Patricia es una obra sin asunto, ó al menos le tiene tan sutil que podría pasar como un cabello por el hondon de una aguja. Figúrese el lector que Patricia es nuestra patria, la noble nacion española, que, vestida de amarillo y colorado, comparece en la escena ante un juez alegrito y socarrón y ante un notario memo, á los cuales da cuenta en verso heróico, y con una gravedad estupenda, del empleo que han dado á su dote ciertas buenas almas, á cuyo cargo ha corrido la tutoría de su minoridad. Esto pasa despues de haberse oido una jota cantada por los vecinos de la pobre dama, que no asoman la cabeza, ni intervienen en la fábula mas que cuando al autor se le antoja que canten algun himno patriótico. Despues de haberse leído el inventario de Patricia, que es un documento escrito en tonto, el juez, compadecido de ella al ver que los tutores han hecho mangas y capirotos de su hacienda, manda llamar primero á los acreedores á fin de ver la razon que les asiste para oprimir á la asendereada mujer, y á continuacion hace comparecer á los que han administrado sus rentas con tan poquísima discrecion y mesura. Estos honorables son cuatro, y por sus disfraces y por las alusiones que se dirigen recíprocamente, no es difícil al espectador adivinar que representan cuatro personajes importantes que han figurado mucho en la historia contemporánea. Procuran destruir los cargos que pesan contra ellos, echando cada cual bonitamente el muerto á su colega, y cuando se les pregunta si tienen en el caletre algun buen medio para salvar á Patricia de la crisis horrible que atraviesa, uno de ellos, que la echa de atrevido y habla andaluz, dice que sí, que él tiene un hombre dispuesto á salvar á la infeliz matrona, dando esto margen á que salga otro figuron, que es el casero, el cual, haciendo llamar á los vecinos de la casa (que parece una jaula de locos), les dice que la salvacion de Patricia está únicamente en que ellos le anticipen un año de alquiler. Sublévanse contra esta opinion, comienza la grita y el alboroto, y empiezan á cantar sobre la marcha el himno de Espartero, que así cuadra á la situacion como á un santo

un par de pistolas. En fin, la ridícula suerte de Patricia halla término mediante á que un pariente, ó no sabemos quién, la hace cesion de su patrimonio, y con esto se da por terminada la fábula, no sin que lleve por coleta otro himno patriótico, que, si mal no recordamos, es el de Prim. Los espectadores se retiran satisfechos, y el autor se da por servido con el honor que le han dispensado, asistiendo á la representacion de su obra.

Esta no tiene más ni tiene menos, y acaso pedir más fuera gollería. Esto mismo se representaba en los tiempos de Aristófanes, con la sola diferencia de que el arte no quedaba tan malparado.

El lector comprenderá sin grande violencia, que para hacer fábulas semejantes no es preciso poner en prensa el ingenio, en razon á que, como no es preciso observar maldita la regla, se trabaja sobre el papel como en un barbecho, y salga el sol por Antequera. Así, el difícil arte dramático, reducido á la mayor simplicidad por este bendito método, podrá en lo sucesivo hallar infinitos cultivadores, siendo los más adocenados los que sabrán sacar mejor partido. Medrados estamos.

Nada decimos de la forma, porque no es más que mediana. En cuanto á la música, parécenos que, como es obra de diversos autores, tenían derecho á exigir á la empresa el tanto por ciento correspondiente, y era natural que así sucediera, que bien merecen la pena de ser tomados en consideracion aquellos himnos patrióticos tan nuevecitos y orondos.

Si el Sr. Alba sacó á plaza en su pieza política el *himno de Riego* para mover al público de los anfiteatros, que son los baluartes que defienden la reputacion del autor, y en su segunda obrilla ha sacado á relucir el de Espartero, ¿qué reserva para la tercera? Suponemos que será el *Trágala. Risum teneatis.*

Nada más sobre *La dote de Patricia*.

En el coliseo del *Príncipe* se ha estrenado con mediano éxito una pieza en un acto, original (segun los carteles) del actor de aquel teatro, Sr. Mendoza. Á nosotros no nos ha parecido tan original la obra, que no se parezca á otra que conocemos. Ni es nueva, ni es buena, de modo que todo el favor que podemos hacerla es suprimir los comentarios á que se presta.

En *Variedades* hemos tenido el gusto noches pasadas de aplaudir á Romea en el *Sullivan*, que fué interpretado con el talento de siempre por aquel rey de nuestros actores.

En *Novedades* se estrenó tambien con éxito lisonjero una comedia en tres actos, nominada *El teléfono eléctrico*, arreglo del francés, del Sr. Santa María. Aunque en algunos momentos se arrastra con languidez y monotonía, es una comedia agradable, bien meditada, y escrita con conciencia y discernimiento. Los tipos son finos, y aunque la fábula no es de grande complicacion, consigue interesar.

Del *debut* de la señorita Adelina Patti, verificado el jueves último en el coliseo de Oriente, nos ocuparemos en el número próximo.

LEANDRO A. HERRERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJE DE PRIMERA COMUNION.

Primera figura. Vestido de *point-de-soie* con falda adornada sobre cada paño por pasamanerías perlas. Cuerpo alto con cinturon Imperio. Mangas estrechas. Manto de cachemira de la India. Sombrero de tul, sembrado de estrellas de terciopelo. Flores en el bavolet.

Segunda figura. Vestido de muselina, levantado todo alrededor con siete tiras diferentes bordadas y rodeadas de una puntilla; la falda de debajo tiene en la orilla un volante á tablas. Cuerpo Inés Soré, con aldeta redonda todo alrededor; está bordado y guarnecido de puntilla; despues cortado en cuadro por los hombros. Camiseta suiza con plieguecitos. Limosnera de seda blanca. Velo largo de muselina, con bordado en la orilla. Gorra blanca con ruche.

Tercera figura. Traje de niño. Pantalón y chaleco blanco. Chaqueta de terciopelo negra, de cachemir. Corbata y guantes blancos.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N° 13, Pral Derecha

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

